

JAVIER IMAZ FANDOS

LÁGRIMAS ERRANTES



UNIVERSO
de LETRAS

LÁGRIMAS ERRANTES

JAVIER IMAZ FANDOS

UNIVERSO
de LETRAS 

Lágrimas Errantes

Javier Imaz Fandos

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Javier Imaz Fandos, 2026

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras

www.universodeletras.com

Primera edición: 2026

ISBN: 9791387715984

ISBN eBook: 9791387716295

*Ana, Javier y Marta.
Por vuestro tiempo robado.*

... «¡Quisiera retener el tiempo por un instante!

*¡Quisiera que ese tiempo retenido por un
instante fuese siempre junto a vosotros!» ...*

Cada referencia literaria e histórica que aparece en esta novela ha sido rigurosamente investigada y fundamentada en documentación real. Esto incluye también las diversas teorías y localizaciones mencionadas a lo largo del texto. Asimismo, las menciones de la «*tortuga voladora*» no son únicamente fruto de la imaginación del autor; tienen una base en el contexto de la narrativa. Con esta obra, el autor espera que el lector, al igual que los personajes que habitan estas páginas, se sienta inspirado a explorar y descubrir más sobre este enigmático ser, ahora que su presencia ha sido revelada en el universo de la novela.

ÍNDICE

Prólogo	11
---------------	----

LÁGRIMAS ERRANTES UN BUCLE ENTRE EL TIEMPO Y LA LEYENDA

PRIMERA PARTE LAS LÁGRIMAS DE YHARTY

Capítulo I. Gante, invierno de 1624. La Caja del Tiempo	17
Capítulo II. Zufaria, verano de 1942. El comienzo de las vacaciones	69
Capítulo III. El secreto del señor Raymond	93
Capítulo IV. Desayuno con el padre	187
Capítulo V. La casita del acantilado.....	199
Capítulo VI. En el viejo y olvidado desván	213
Capítulo VII. Acondicionando el viejo desván	245
Capítulo VIII. En el fondo de la cuestión está la solución.....	265

SEGUNDA PARTE EN BUSCA DE UN MITO

Capítulo I. El fósil de la discordia. Londres, primavera de 1865	287
Capítulo II. 1834, en algún lugar del Pacífico.....	313
Capítulo III. El imperio del opio de Rupert.....	329
Capítulo IV. La expedición del HMS Voyager.....	339
Capítulo V. Vidas paralelas. Sin noticias del HMS Voyager	371
Capítulo VI. Polizones y negreros	403

TERCERA PARTE


LA BÚSQUEDA DE LO IMPOSIBLE

Capítulo I. Madagascar	439
Capítulo II. Isla Mauricio	487
Capítulo III. Motín en el infierno	511
Capítulo IV. Isla Lantau. La guarida de Li Xin	553
Capítulo V. Ma Ling, el alquimista de Cantón	607
Epílogo. Un bucle en el tiempo	627
Agradecimientos	629
Nota del autor	631

MAPAS

Glosario	649
----------------	-----

PRÓLOGO

n el umbral de una narrativa que desafía la linealidad del tiempo y el espacio, «Lágrimas Errantes», *un bucle entre el tiempo y la leyenda*, se erige como un faro en la oscuridad de la literatura convencional. Este texto no es simplemente una obra más en el vasto océano de la literatura de aventuras; es una odisea que zarpa hacia horizontes desconocidos, llevando al lector a través de un viaje que entrelaza lo real con lo fantástico, y la acción con la reflexión.

Desde las primeras páginas, el lector se ve inmerso en un tapiz tejido con hilos de múltiples colores y texturas. Los escenarios se despliegan uno tras otro como cuadros de una exposición: Gante, Myanmar, Islas Cíes, Londres, Escocia, Cabo Verde, Madagascar, Isla Mauricio, Estrecho de Sonda, China... Cada lugar, un mundo en sí mismo, entrelazado con ámbitos temporales que van desde el siglo XVII hasta el XXI, creando una sinfonía de épocas y espacios. Los personajes, aunque no protagonistas de una obra coral, son esenciales en su singularidad y complejidad, aportando cada uno su nota distintiva a la melodía general de la trama.

El autor ha hilado una historia donde la fantasía y la realidad no son entidades opuestas, sino complementarias. La ciencia ficción, lejos de ser un mero escape de la realidad, se convierte aquí en una herramienta para explorar y cuestionar nuestras percepciones del mundo. Lo que una vez se consideró imposible hoy es una realidad, y lo que ahora es un sueño o una hipótesis podría ser el mañana tangible.

Este juego constante entre lo que fue, lo que es y lo que podría ser forma el eje central de esta obra, invitando al lector a una reflexión profunda sobre el tiempo, la existencia y la posibilidad.

Pero más allá de su complejidad temática y narrativa, lo que realmente distingue a esta novela es su accesibilidad. A pesar de la riqueza de sus detalles —datos geográficos, geológicos, matemáticos, físicos,

filosóficos e históricos— y de la profundidad de su contenido, la obra se presenta con un estilo sencillo y directo. Es una invitación abierta para que cualquier lector, independientemente de su trasfondo o intereses, se sumerja en sus páginas y se deje llevar por la corriente de sus palabras, pues la novela fluye con facilidad, educando y entreteniéndolo al mismo tiempo, sin esfuerzo.

En resumen, *Lágrimas Errantes* no solo es una novela bien construida, impregnada de un espíritu de exploración y descubrimiento, sino que es un paso más en un viaje que promete llevarnos más allá de los límites de nuestra imaginación.

Merece ser leída, pero sobre todo merece ser comprendida y atesorada, pues cada página, cada capítulo, nos conduce a un nuevo mundo por descubrir.

Una novela extensa que se hace corta.

Fernando Cosculluela
Corrector bibliográfico.

LÁGRIMAS ERRANTES
Un bucle entre el tiempo
y la leyenda

PRIMERA PARTE

Las lágrimas de Yharty



l principio, en el mundo solo existía un vacío sin fin, sin forma ni destino. De su insondable oscuridad surgió un océano de leche infinita y, en sus aguas primordiales, flotó una flor de loto. De sus pétalos dorados nació la diosa Shri, quien, con su aliento divino, dio forma a Brahma, el señor de todas las cosas. Pero incluso los dioses están sujetos al equilibrio del cosmos.

Brahma se dividió en dos mitades: Vishmisu, la luz y la bondad, y Shiva, la sombra y la destrucción. Para sostener el orden, Vishmisu adoptó la forma de Yharty, la tortuga voladora, un ser majestuoso que elevó el mundo sobre su caparazón y otorgó paz y prosperidad a los hombres.

Pero las sombras siempre acechan a la luz. Shiva, consumido por la envidia, envió a su avatar, Thron, quien atrapó a Yharty y la encarceló en las profundidades del océano. Fue entonces cuando comenzó la era de la oscuridad de los hombres.

Pero toda prisión puede ser abierta, y todo destino puede cambiar alguna vez. Un joven llamado Rajiv encontró a Yharty y, seducido por sus promesas, aceptó liberarla a cambio de sus inmensas riquezas y de

un artefacto prohibido: la «*Caja del Tiempo*». Durante años vivió en armonía con la diosa tortuga, pero al regresar a su mundo descubrió que el tiempo no había sido piadoso. Todo lo que amaba se había desvanecido.

Desesperado, Rajiv, desoyendo las palabras de la diosa, abrió la Caja, desatando su propio final. Su cuerpo envejeció en un instante, consumido por los siglos que había eludido. Yharty, testigo de su trágico destino, lloró amargamente, y tres de sus furtivas lágrimas cayeron por el dorso desnudo de sus ideales y, al tocar la blanca arena de la playa, se transformaron en las tres gemas sagradas: pasado, presente y futuro, que al instante se fusionaron en una sola.

Una profecía hablaba de un alma noble que un día liberará a Yharty y restaurará el equilibrio del mundo. Desde entonces, una antigua hermandad ha velado en secreto por su cumplimiento.

Nacida en las tierras sagradas del hinduismo, su propósito no era otro que preservar el flujo del tiempo y guiar a aquel destinado a la salvación. La hermandad conoce bien este destino, pero su deber no es intervenir. Son meros guardianes del flujo del tiempo, piezas invisibles en un inmenso tablero de juego.

No son héroes ni jueces. No luchan. No gobiernan. No salvan. Son puente para que, cuando el tiempo esté alineado, el elegido pueda cruzarlo. Solo mueven ficha para que el destino siga su curso.

CAPÍTULO I

Gante, invierno de 1624 La Caja del Tiempo



...«Minutos, horas, segundos. Tiempo anhelado, tiempo malgastado. Tiempo compartido. Tiempo que pasa. ¡Tiempo, en fin, que ya nunca volverá!»...

Cuenta la leyenda que, tras siglos de calma, un crudo invierno se abatió sobre la ciudad flamenca de Gante. Aquel invierno trajo consigo algo oscuro y premonitorio, un presagio que helaba tanto el aire como las almas de quienes habitaban sus calles. Dicen que cada cien años nace una sombra en Gante; esta vez, era más densa que nunca, pues reclamaba un alma para encontrar la paz. Las ancianas murmuraban plegarias, y el silencio que envolvía la ciudad parecía el preludio de algo inevitable. Fue en ese gélido invierno de 1624 cuando un insigne alquimista y hábil artesano de la madera, llamado Samuel Hannemam —apodado simplemente el alquimista—, construyó un curioso artilugio al que llamó la «Caja del Tiempo». Su intención no era otra que lograr que el tiempo que se iba acumulando en ella no solo se detuviera, sino que también pudiera guardarse y, lo más asombroso, recuperarse para usarlo en otro momento más deseado.

Samuel, absorto en sus pensamientos y proyectos, permanecía día y noche en su taller de alquimia, una recogida estancia, escasamente ventilada, pero no menos acogedora. Grandes ventanales dejaban pasar los rayos de sol para iluminar su polvorienta y repleta mesa de trabajo, donde matraces, atanores y crisoles pugnaban por un espacio. Inmensas estanterías acogían tanto un sinfín de botes de cristal con el polvo

de los más increíbles minerales como montañas de gruesos y antiguos libros que requerían años de estudio y en los que se hablaba de dragones, reyes, sales y mercurios.

Su discípulo, el joven Germán, le aportaba el material necesario para sus experimentos. Ambos, codo a codo, investigaban sin descanso.

—¡Maestro! —preguntó Germán—. ¿Qué hago con este material que ha traído? Es casi negro, está como calcinado, como si fuese un tizón, y es tremendamente duro y compacto. Parece azabache o, más bien, obsidiana. ¿Qué material es?

—Es madera de Zhôan —contestó Samuel—. Un material escaso y caro, extremadamente duro y noble, altamente valorado por nosotros, los alquimistas. Muy valioso y difícil de encontrar en nuestra tierra.

—¿De dónde la ha sacado, maestro?

—Hace unos días se acercó al taller un rico y extraño mercader de Amberes llamado Jacobo de Maynre; creo que te he hablado alguna vez de él. No es ni héroe ni mercader, sino el hombre que hace que las cosas crucen fronteras sin levantar la voz. Lleva casi siempre, que yo lo haya visto, un gabán oscuro. Manos de viajero y de escribiente, y miraba como quien mide distancias. Prudente, metódico, leal, prefiere la ruta larga y segura al atajo brillante. Habla poco y escuchaba mucho. Antes de cada tránsito, toca tres veces el objeto que presenta. Superstición mínima, supongo. Me dijo que tomó la ruta de agua dulce: canal hasta Ámsterdam, barcaza a Amberes, carro a Gante. Siempre con el cofre —donde trajo estos objetos— pegado al costado, como si llevara un reloj sin agujas.

Samuel, con mirada absorta, recordaba el momento.

—A su llegada, despejé un claro en la mesa de trabajo. Jacobo dejó el cofre allí mismo. «Pobre botín para tanto trayecto» —dije—, un tanto confuso; un astrolabio gastado, un cuenco de lapislázuli, dos pergaminos y, envuelto en seda, un gran krýstallos, dos piezas de madera de Zhôan y dos gemas en bruto.

—¿Vino por la ruta larga? —puntualizó Germán—. ¿Texel, canales, Amberes... y antes Batavia y, antes de Batavia, Syriam...?

—Sí, eso mismo, Germán. El comerciante me contó —apuntilló Samuel— que acababa de llegar de Myanmar. El barco en el que viajó Jacobo zarpó del puerto de Texel, en Holanda, hace más de tres años. Después de alcanzar Ceilán, la llamada lágrima de la India continuó hasta Rangún y, finalmente, al valle de Mogok, al pie del monte Hkalkabonaki.

—¡Vaya, qué gran viaje! —interrumpió Germán.

—Las cosas que importan siempre llegan por rutas largas —respondí, sin levantar la vista.

Jacobo tocó tres veces la tapa del cofre, gesto breve, supersticioso.

—¿Baraka? —ironicé.

—Costumbre —replicó Jacobo—. Y señal de llegada.

El taller se quedó en silencio. Afuera repicaron campanas. Acerqué la lámpara al krýstallos: la luz pareció doblarse un instante, como si la piedra recordara cada puerto de su viaje.

—De aquí en adelante —dije—, el camino lo haré yo.

—Entonces el *Warmond* habrá servido —asintió Jacobo, ajustándose el gabán antes de retirarse.

La puerta se cerró. Sobre la mesa, el krýstallos devolvió una chispa. En algún sitio de la memoria del mar, una estela se deshacía despacio.

—¡Vaya...! —exclamó, atónito, Germán.

—Pero aún te diré más —dijo entre susurros Samuel—. Esta vez, Jacobo venía acompañado de un joven de tez morena que portaba un gran turbante de color azul turquesa. Según me dijo Jacobo, este joven desconocido tenía un gran interés en traerme a mí en persona varios de estos objetos, entre los que se encontraba esta extraña madera.

—¡Cáspita! —interrumpió Germán.

—Me llamó la atención —añadió Samuel— un gran anillo que llevaba el joven del turbante en el dedo meñique de su mano izquierda y que no paraba de girar de forma compulsiva. Era una especie de sello tallado en una gran turquesa que hacía juego con su turbante y en donde creí ver la figura de una extraña tortuga con alas. Era extraño: un aro de oro blanco que engastaba con gran precisión a la tortuga alada tallada en la turquesa, o eso creo que vi.

—¿Una tortuga con alas? —exclamó el muchacho.

—Sí, parece extraño, ¡pero sí, efectivamente, era una tortuga con alas! Pues bien, como te iba diciendo, ese comerciante me trajo este exótico material, negro como el tizón, duro como el más duro de los metales, liso y frío como el cristal, pero verdaderamente hermoso. ¿No te parece? Jacobo, además de la madera de Zhôan, traía estas dos preciosas gemas en bruto, pequeñas y bastas, que procedían del valle de Mogok, aunque, según me dijo, las adquirió en el noreste de Myanmar. Si me lo permites, te contaré todo lo que me relató Jacobo.

Samuel, acariciándose con su mano derecha la barbilla, con el semblante pensativo y sujetando con su otra mano las gemas que el comerciante le había traído, recordaba con detalle la conversación mantenida días atrás con él en el taller.

Texel, otoño de 1621.

—La rada respiraba bruma y brea —dijo Jacobo—. En la fila de cascos alquitranados destacaba el *Warmond*, un *retourschip* de la East Indiaman Company de la VOC, gran mercante armado de mucha bodega, franja ocre y espejo de popa labrado como un retablo portátil. Tres palos con Gárgolas, gavias y juanetes prometían empujar al gigante hasta el fin del Índico. Treinta y tantos cañones miraban al muelle como ojos de bronce; a bordo seríamos dos centenares de navegantes cuando el despacho se firmara.

En la Cámara de Ámsterdam, el *boekhouder* estampó el sello VOC A en lacre:

—Pasajero con muestras de comercio —dictó el escribano—. Entrega en Batavia. Transbordo a cabotaje si procede. Masulipatnam y, si el monzón ayuda, Syriam.

—Procede —dijo Jacobo.

El escribano alzó la vista.

—Myanmar... —Saboreó el nombre—. Entonces el *Warmond* hasta Batavia; allí, un *jacht* de cabotaje rápido de la misma Compañía hacia su destino.

El sobrecargo, tablilla en mano, repasó:

—Texel..., Atlántico con posible recalada en Cabo Verde..., Cabo de Buena Esperanza para aguada... —pensó en voz alta—. Batavia, Java, en unos... seis o siete meses. Allí le colocarán en un *jacht*; por lo que Batavia, Coromandel (Masulipatnam), podía llevar..., unos ocho a diez meses desde la salida de Texel, si enlazaran bien los monzones. Pero si el capitán o la suerte fallan y se pierde la ventana de vientos, el viaje se prolongará más de un largo año por las esperas. Myanmar (Syriam/Pegu)..., unas seis a diez semanas más en *jacht* de cabotaje, según ventanas monzónicas. En total, de doce a catorce meses, si hay que esperar monzón. Con el cambio de monzón debería estar de vuelta en Java a tiempo de enganchar el regreso.

—No necesito rapidez —dijo Jacobo—. Necesito llegada.

—La VOC vende justamente eso —sonrió este—: llegadas.

En la posada de la rada, en la pared, el mapa de los Estados Generales repetía la autopista de todos: Texel, Cabo Verde, Batavia. La Compañía que firmaba tratados, acuñaba moneda y hacía la guerra había convertido la travesía en rutina peligrosa. Jacobo siguió con el dedo la línea punteada hasta Java y, con la uña, Coromandel y Pegu. El mar se llenó de nombres como cuentas de *tasbih*.

El día de la partida, el maestre del *Warmond* los reunió al pie de la escala real. Enumeró raciones —galleta, bacalao, cerveza—, turnos, castigos y pagarés. Habló de tormentas «que prueban las costillas del casco», de fiebre «que prueba las costillas del hombre» y del código de la Compañía: obediencia y libros al día.

—Aquí no se trafica con milagros —señaló la cubierta—. Se trafica con tiempo y mercancías.

Jacobo dio su nombre y entregó el papel de la Cámara. El maestre lo sostuvo a contraluz.

—Bien. Camastro en el entrepuente. Si el monzón no se empeña, llegará vivo a Batavia. De allí, *jacht* a Masulipatnam y, si las estaciones siguen afinadas, Syriam. A la vuelta, lo mismo en orden inverso. No hay regreso directo desde Myanmar: la Compañía no rompe su ruta.

—No pretendo que la rompa —dijo Jacobo—. Solo que me permita andar por ella.

—Para eso está —cerró el maestro.

El día del despacho, las campanas de la rada sonaron a inventario. Por la amura del *Warmond* desfilaron inspectores con sus listas; a lo lejos, otras naos de la Compañía hinchaban telas como pulmones viejos. En la popa flameó la bandera; el capellán dijo palabras breves. El *schipper* cortó el aire con el brazo:

—¡Fondeo arriba!

Las gateras gimieron; el ancla emergió del agua negra, chorreando limo. Y el barco, obediente a su ruta, comenzó a navegar.

Tras varios meses de navegación y un largo periplo en tierra, continuó Jacobo su relato:

—Me encontraba en Mong Hsu, al noroeste de Myanmar —reseñó—, una zona muy calurosa y azotada por los monzones. Unos pobres campesinos, dedicados al cultivo del arroz y a una rara planta que llamaban adormidera, habían encontrado en el valle de las gemas unos extraños minerales. Debido a su extrema pobreza, se veían obligados a desprenderse de ellos por unas escasas monedas. Creían que el cristal rojo albergaba fuego en su interior. Lo usaban como talismán contra la mala suerte y para diversas enfermedades, convencidos de que otorgaba amor, pasión y larga vida a su poseedor.

—¿Y la madera de Zhôan? —preguntó Germán con curiosidad.

—La adquirió Jacobo ya de regreso, en Rangún. Un maderero conocido suyo, dueño de un almacén de exóticas y nobles maderas, se la vendió. Me pareció curioso —comentó Samuel, mirando la pieza con detenimiento—. La madera de Zhôan es tan inusual que su origen casi siempre está envuelto en misterio. Es como si se resistiera a ser rastreada.

Germán tocó la madera con cierto asombro, sintiendo su densidad y dureza.

—Este maderero —le comentó Samuel a Germán, haciendo un inciso— no llegó nunca a saber, según me dijo el comerciante, de dónde había obtenido esta extraña madera ni quién se la aportó.

—¿Y qué va a hacer con ella?

—Todavía no lo he decidido. Pero quizá sirva para tallar algo único, una caja digna de su rareza —respondió Samuel—. Pero primero debo estudiar su composición. Tal vez guarde secretos que aún no entendemos.

—¿Una caja..., maestro?

—Bueno, sigo con el relato de Jacobo —dijo Samuel, retomando la conversación—.

Me contó:

—Una calurosa tarde, mientras paseaba por las estrechas callejuelas de Rangún —relató—, llegué al inmenso zoco. Allí podía encontrarse casi de todo, desde cuero tratado, hortalizas y cerámica hasta alfombras y miles de objetos extraños y antiguos. Sin embargo, algo me inquietaba. Llevaba días sintiéndome observado, vigilado incluso. No podía ver a nadie ni sentía miedo por mi vida, pero aquella sensación era persistente, como si unos ojos invisibles me siguieran. Paré en un puesto de antigüedades, más por curiosidad que por interés real. Un joven vendedor, un muchacho delgado y vivaz, que me venía observando, insistió en que lo acompañara. Según él, su padraastro tenía algo que mostrarme al otro lado del bazar. No sé qué me llevó a seguirlo, quizá su insistencia o mi propia curiosidad. Caminamos a gran velocidad, serpenteando entre callejones abarrotados de tenderetes, cual más extraño, hasta llegar a un pequeño puesto en el corazón del mercadillo. El lugar era humilde y desordenado. Piezas antiguas, piedras y objetos extraños se amontonaban en los estantes y en el suelo, formando una especie de caos fascinante. El joven, que se llamaba Bo, me presentó a su padraastro, Rahú, un anciano de figura delgada, con un porte altivo y digno, y una mirada que irradiaba sabiduría. Llevaba un turbante

azul que cubría su calva cabeza y un anillo de oro blanco con una turquesa del mismo tono en el dedo meñique de su mano izquierda, un detalle que no me pasó desapercibido.

»Me saludó con una bendición; sus manos temblorosas apenas rozaron mi frente, pero en ese gesto hubo algo inconcebible, ceremonial, casi místico. Luego me ofreció una piedra extraña, redondeada, compacta y sedosa al tacto. Era un auténtico krýstallos, transparente y puro, como si se tratara de hielo petrificado.

»Al sostenerla entre mis manos, sentí un escalofrío, como una corriente, un cosquilleo que me recorría, quizá por la energía que parecía emanar de su interior.

Samuel recordaba las palabras de su amigo, rascándose la cabeza y mirando a su ayudante.

—En ese momento —continuó contando Samuel—, Jacobo recordó una vieja leyenda que había escuchado ya en uno de sus viajes a esta misma región de este extraño país:

»—Se decía que este tipo de piedra podría ser el famoso chintámani, la roca de la profecía. Según los relatos, cayó del cielo, arrancada de la cabeza de un dragón; está asociada a la iluminación espiritual y al conocimiento profundo. Se cree también que posee el poder de atraer prosperidad y sanar cualquier enfermedad. Bo la había encontrado no hacía mucho, pero no me quiso decir dónde. Rahú me contó también que la roca de la profecía, encontrada por el muchacho, era originalmente mucho más grande. Al caérsele por la ladera de una montaña, se fragmentó en tres grandes pedazos, lo que permitió al joven cargar uno de ellos, a pesar de su gran peso y tamaño. Días después, el muchacho le llevó el fragmento al anciano, quien, según parece, reconoció de inmediato de qué roca se trataba.

»Creo sinceramente, Germán —incidió Samuel, pensativo, entre susurros y acariciándose el labio superior—, que ni el anciano, ni Bo, ni el mismísimo Jacobo sabían en realidad de qué mineral se trataba ni de qué profecía hablaban. Me aseguró el comerciante que Rahú le había dicho que la piedra tenía una dimensión simbólica y espiritual

más allá de su existencia física: un símbolo de la búsqueda interior para expulsar a los demonios, curar la mayoría de las enfermedades, absorber y liberar la energía dormida y que, con ese mineral, no solo se podría contemplar el pasado y el futuro, sino también algo que no llegué a comprender: ¡pasar a otro plano, a otra dimensión!

—¿Una gema que conoce los deseos de la gente? —preguntó el ayudante.

—Sí, eso mismo me dijo Jacobo: bien pulida y tallándola en la forma de esfera —como había dicho—, la roca poseería la facultad, pero no siempre, de poder contemplar a través de ella el pasado y el futuro. El anciano le entregó su anillo al joven Bo y me dijo, mirándome fijamente con la franqueza que emanaba de ellos, que los ojos que todo lo ven le habían hablado de un sabio alquimista en tierras muy lejanas y que solo él sabría cómo y dónde utilizar esos nobles materiales. Rahú me entregaba el gran krýstalos para llevárselo a ese sabio extranjero, con la indicación expresa de que sería el mismo Bo, en persona, quien se los entregaría.

»Y Jacobo pensó en mí —apuntilló Samuel—, ya que habíamos compartido gran cantidad de experiencias y objetos de otros viajes. A su llegada, el joven del turbante me entregó también este curioso anillo que movía compulsivamente.

—¡Vaya! —exclamó, sorprendido, Germán—. ¿Y cómo sabían el anciano, Bo y Jacobo a quién tenía que llevarle todo esto?

—No lo sé, Germán, pero aquí los traje. Una casualidad, supongo. Yo creí ciegamente al comerciante, pues ya había realizado en otras ocasiones prósperos negocios con él. Siempre me trae algo especial de sus viajes. Germán, estoy convencido de que esa roca era un auténtico palantir y que el anillo pertenecería a alguna secreta organización, tan secreta que todavía no sé de cuál podría tratarse.

—Maestro —interrumpió Germán, con cara de bobo—, ¿qué es un palantir?

—¡Un palantir! —carraspeó, dubitativo, Samuel—. Le llaman «la piedra que mira a lo lejos» o la piedra vidente. Siempre se creyó que

solo existía en las leyendas, pero recuerdo haber visto una muy parecida hace años, en Amberes. Es una roca extremadamente dura, similar a la obsidiana. Normalmente es negra, aunque la que Jacobo me trajo era transparente; una variante, supongo. Escucha, Germán: según le explicó Rahú a Jacobo, esta piedra, al darle forma de esfera y pulirla adecuadamente, permite al poseedor, si su voluntad es lo suficientemente fuerte, dirigir su visión hacia lo que desee. También posibilita la comunicación con otros que posean una roca similar. Además, quien la utiliza puede contemplar en su interior escenas de lugares o tiempos distantes. —Tras permanecer pensativo unos instantes, prosiguió Samuel—. No me lo pensé dos veces y decidí comprarle a Jacobo todo lo que me ofreció, a pesar del alto precio que pedía por ello.

»Tenía la certeza de que una de estas piedras rojizas más pequeñas era un kurovinda o Ratnaraj, el rey de las gemas. Ya había oído hablar de ellas en una ocasión a otros alquimistas en Amberes. Ellos las llamaban «las gotas de sangre del corazón de la madre tierra» y creían que, a través de esas gemas, serían capaces de adivinar el futuro, pues su color se oscurecía cuando presagiaban alguna desdicha. Si te parece, Germán, continuó con el relato del comerciante:

»—El duro regreso a Texel —reseñó Jacobo— invertía los nombres con la misma obediencia: Syriam (Pegu/Yangón), Masulipatnam (Coromandel). Desde allí, en un *jacht* de cabotaje, el *Vlieland*, Batavia, con transbordo al *Warmond*; de allí a Cabo Verde, Atlántico y, por fin, a Texel. Un camino de especias y papeles donde cada sello decía lo mismo: llegada.

»La rada de Texel amaneció con gaviotas y lonas húmedas. El *Warmond* escoró apenas para saludar al viento del norte; el maestre gritó órdenes y el ancla mordió el fondo. Jacobo apretó contra el pecho un cofre, sellado con lacre azul índigo, mirando de reojo al joven Bo y dejándolo sobre el mostrador.

»—¿Todo entero? —preguntó el sobrecargo, señalando el cofre de mano.

»—Todo —dijo Jacobo—. Objetos y piedras me esperan en Gante.

»—Si le preguntan, diga que son muestras de comercio —aconsejó el sobrecargo.

»—Diré que son tiempo —sonrió Jacobo, sin humor, mirando a su compañero Bo.

»En cubierta, barricas con la marca VOC A pasaban de mano en mano: pimienta, canela, índigo, calicó y porcelanas envueltas en paja. El *jacht* que lo había traído de Syriam aún dejaba sal en los obenques del viaje de costa: Syriam, Masulipatnam, Batavia. Del mercante al boter de la rada y del boter al canal: así viajaban las historias.

»En su habitación en la rada de Texel, Jacobo abrió el cofre sobre la cama. Dentro, envuelto en seda, el krýstallos. La lámpara trazó en la piedra un hilo de luz que pareció doblarse, como si ya intuyera vientos contrarios.

»—Primero ustedes —dijo a los objetos—. Después nosotros.

»Cerró el cofre y tocó tres veces la tapa: un gesto diminuto que nadie le había enseñado y que, sin embargo, sabía.

»Unos días después, tomaron la ruta de agua dulce, como ya te he comentado, Germán.

Ávido de conocimiento, Samuel emprendió sus investigaciones. Consultó célebres tratados que atesoraba en su biblioteca, obras relacionadas con la astronomía, la geología y la astrología del padre Luca Van Erick. Creyó haber identificado aquel extraño material, convencido de que se trataba de un carbúnculo ruber o «ántrax ardiente», una gema asociada en el mundo alquímico a Marte y Plutón. Según las antiguas tradiciones, este material era considerado un poderoso protector contra la mala suerte.

De un rojo puro y sin imperfecciones, similar al color de la sangre de paloma, poseía un valor incalculable, probablemente superior al del diamante. Este fascinante mineral había cautivado a cortes reales durante siglos. Se decía que su intenso color rojo provenía de la sangre de jóvenes que sacrificaban su mísera vida extrayéndolo de las profundidades de la tierra en esa remota región de Asia.

—¡Maestro! —exclamó, impaciente, Germán—. ¿Qué vamos a fabricar con todo esto? ¿Acaso vamos a transformarnos en quiromantes para adivinar el futuro o comunicarnos con el espíritu de algún muerto?

—¡No, Germán! —exclamó Samuel, emocionado—. Quiero hacer un regalo a mi primogénito cuando nazca. ¡Construiremos, como ya te comenté, una caja! Llevo mucho tiempo pensando en ello y ahora, con estos exóticos y únicos materiales, por fin he encontrado la forma de hacerlo. Jacobo me contó una leyenda que escuchó del anciano Rahú cuando le entregó la gran gema. Hablaba de una diosa que, en realidad, era una diosa tortuga, o algo similar. Su caparazón representaba la bóveda celeste, su cuerpo simbolizaba la tierra y sus lágrimas dieron origen al gran krýstalos.

Esta tortuga poseía una caja capaz de contener el tiempo mismo y, junto a ella, este no pasaba. ¡Esa es la caja que quiero construir! No será como las demás cajas de la suerte. Esta será única: mi Caja del Tiempo.

—¿La Caja del Tiempo? —preguntó Germán, con asombro.

—¡Sí, la Caja del Tiempo Perdido! —exclamó Samuel—. Una caja mágica, para que mi hijo, cuando sea mayor, consiga todo lo que se proponga con el tiempo que haya guardado en ella. También yo podré almacenar el tiempo que ahora no puedo dedicarle a Verónica, mi amada y dulce esposa. Porque, Germán, es bien sabido que, si deseas algo de corazón, si lo piensas y anhelas con todas tus fuerzas, el universo entero se confabula para ayudarte a lograrlo. Nuestros pensamientos y deseos tienen el poder de moldear la realidad y las circunstancias. Y esta caja será, sin duda, el vínculo que permitirá que esos deseos se hagan realidad.

Es sabido que existen, al menos, dos tipos de alquimistas, y Samuel pertenecía a ese grupo que comprendía verdaderamente el arte de la alquimia. Para él, la alquimia era la ciencia de la intuición y el corazón, no de la razón. A diferencia de los ingenuos e ignorantes que perseguían únicamente la transmutación del metal en oro, las aspiraciones de Samuel iban mucho más allá: buscaba transformar el deseo en tiempo, un tiempo recuperable que le permitiera realizar esos deseos.

Samuel y Germán trabajaban en el laboratorio con rigor, precisión y disciplina. La talla de la madera de Zhôan resultaba extremadamente complicada. Samuel confió a Germán la delicada tarea de esculpir y pulir esa resistente pieza de ese extraño y fascinante material. El taller olía a madera caliente y vinagre. Las virtutas de Zhôan se pegaban a los zuecos como escamas. Germán sostenía la caja entre las manos, dándole vueltas con la ansiedad contenida de quien sostiene un ser vivo.

—¡Maestro! —dijo por fin el joven, ilusionado y con orgullo, al cabo de varios días de duro trabajo—. ¡Ya he terminado la talla de la caja que me encargó! ¿Qué opina, maestro?

—¡Humm!, ¡humm! —murmuró Samuel, con tono severo y el ceño fruncido, tras inspeccionar la caja con detenimiento—. ¿De verdad crees que has hecho un buen trabajo? ¿Que has cumplido a la perfección con lo que te encargué? ¿Crees que has creado una joya sin imperfecciones...? ¡Por Dios, no seas tan necio! ¿Qué has hecho, insensato...? ¿Pensabas que bastaría con construir una caja sin alma, sin sentimiento, sin la divina proporción?

»Una caja así puede fabricarla cualquiera. Cualquiera persona podría construirla y venderla, pero solo serviría para guardar joyas o recuerdos. ¡Jamás poseerá el alma necesaria para albergar el tiempo, ni será nunca la auténtica Caja del Tiempo Perdido! Una obra creada sin sentimiento, sin pasión y divina proporción jamás será una verdadera obra de arte y, por lo tanto, nunca llevará mi nombre.

—¡Pe... pero, maestro! —interrumpió, dubitativo, agachando la cabeza con humildad.

—¡Calla, insensato! —exclamó Samuel, ya más calmado—. La culpa es mía por no haberte instruido lo suficiente y pensar que eras más sabio de lo que realmente eres. Afortunadamente, aún nos queda otra pieza de Zhôan por cortar. ¡Te daré otra oportunidad! Deberás rehacer todo el trabajo desde el principio y, por favor, utiliza los conocimientos que te he transmitido.

»Recuerda esto: un hombre sabio observa las cosas pequeñas sin despreciarlas, y lo grande sin sentirse intimidado, porque entiende

que el conocimiento no tiene límites. El conocimiento es un proceso en constante expansión y la verdadera sabiduría radica en aceptar que siempre hay algo nuevo por aprender. No importa si lo que observamos parece pequeño o inmenso; debemos mantener una mente abierta.

Todo lo que existe está hecho de signos, rigor y disciplina —decía Samuel—, y gracias a ello un hombre sabio puede comprender una cosa a partir de otra. ¡Aplica la divina proporción! La proporción áurea que Luca Pacioli describió. Te la enseñaré de nuevo: cuando la uses correctamente, el resultado será extraordinario.

Samuel dibujó un cuadrado para encajar el palantir. Sobre un grueso pergamino y ayudándose de una cuerda, trazó varios círculos, calculando con precisión sus radios. A partir de las caras de cada cuadrado y siguiendo una sucesión numérica compleja, formó un rectángulo perfectamente proporcionado.

—¡Observa! —exclamó, llamando la atención de su aprendiz—. Cada rectángulo nace de la suma de los cuadrados anteriores. El área resulta del producto del último cuadrado más el siguiente en la sucesión. Cada número se obtiene sumando los dos previos. Si permaneces a mi lado como aprendiz... o arcano, como prefieras llamarte, quizá con el tiempo llegues a ser un genio.

Sonrió con vanidad.

—¡Un artista como yo!

Germán apretó los labios. Volvió al banco de trabajo. Replanteó aristas, rebajó ángulos, dejó que la madera dictara su curvatura. Cada plano parecía buscar otro, como si la caja quisiera recordarse a sí misma. Tras rehacer el trabajo, siguiendo al pie de la letra los consejos de Samuel, consiguió finalmente un rectángulo que ahora sí cumplía con la proporción requerida: la proporción áurea.

—Ahora —dijo Samuel al fin, mirándola al trasluz—. Ahora sí que tiene lugar para guardar el tiempo.

A veces, mientras tallaba un símbolo o ajustaba una pieza mínima, un temblor le recorría la mano. No era cansancio. Era miedo. No a

fracasar, sino a descubrir hasta dónde era capaz de llegar. Samuel sentía culpa, aunque no sabía bien por qué. ¿Por olvidar el mundo exterior? ¿Por sacrificar horas, días y años en un proyecto que nadie comprendería? ¿O por sospechar, cada vez con mayor claridad, que estaba creando algo demasiado grande para cualquier hombre?

Hubo momentos en los que pensó en detenerse. Cerrar el taller, apagar el fuego de alumbre, volver a la vida ordinaria. Pero cada vez que estaba a punto de hacerlo, la caja, o lo que sería la caja, le susurraba desde algún rincón invisible. No con palabras, sino con una invitación irresistible, un tirón suave pero constante, como el de una fuerza gravitatoria que actuara solo sobre él. Sentía su vida girar en torno a ese objeto aún no nacido. Y, aun así, no era capaz de reaccionar. No podía romper el hechizo, ni poner distancia, ni detener el cauce de su propia creación.

En ocasiones, mientras pulía el cuarzo o ajustaba el aro de platino, se veía desde fuera, como si otra versión de sí mismo lo observara actuar con devoción ciega. Esa imagen lo perturbaba: un hombre consumido por su obra, reducido a una extensión de la máquina que construía. Y, aun así, no podía dejar de avanzar.

Aquella caja, aquella esfera, aquel núcleo extraño... Todo ello se iba convirtiendo en su carga y su salvación, en su condena y su propósito. En su destino. Samuel lo comprendió una noche de absoluta quietud: la caja no solo era un artefacto. Era un espejo. Un eco. Una respuesta a una pregunta que él ni siquiera recordaba haber formulado. Y mientras continuaba trabajando, con los ojos enrojecidos y las manos febriles, una verdad silenciosa se imponía sobre todas las demás: no era él quien construía la caja; era la caja quien lo estaba construyendo a él. ¿O acaso era la sombra la que le susurraba para que siguiera?

Al mismo tiempo, en la mansión de Samuel.

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad, en la mansión de Samuel, Verónica miraba a través de la ventana. La luna llena iluminaba la fría

noche de invierno y, mientras acariciaba su abultado vientre, canturreaba una dulce canción de cuna:

—... ¡Luna llena, plena! ¡Noche clara, eterna! ¡Dulce luna en la noche eterna!...

Con ocho meses de embarazo, pensaba que el influjo y la belleza de la luna llena otorgarían una larga vida a su hijo. Apretaba con fuerza en su mano derecha un amuleto de ámbar, cuarzo y ónice, engastado en platino, el mismo que Samuel le regaló el día en que sellaron su amor eterno. Besándolo con devoción, repetía este ritual cada noche, convencida de que así podría alejar los malos presagios. Pero esa noche la luna no alumbraba; únicamente avisaba.

Susurraba en la ventana, contemplando esa fría y clara noche:

—Llevo en mi cuello, Samuel, este amuleto que ya no brilla como antes —se decía a sí misma—. Dicen las ancianas que cada cien inviernos nace una sombra en Gante y reclama un nombre. No sé de números, pero sé de silencios: el de las calles cuando cierran antes, el de los niños cuando escuchan campanas, el de tu taller cuando pronuncias «tiempo» como si fuera una puerta y no una herida.

Sin embargo, un pensamiento oscuro y persistente invadía su mente: estaba segura de que el parto sería duro y peligroso. Samuel, ajeno a su angustia, no compartía su inquietud, y ella se sentía sola, incomprendida y asustada.

Una tarde de aquel cruel y gélido invierno, incapaz de soportar más la ansiedad, nerviosa y decidida a buscar respuestas, decidió presentarse en el taller.

Taller de Samuel

—¡Verónica! —exclamó Samuel al verla—. ¿Qué haces aquí, por Dios? ¿Por qué vienes en esta tarde tan fría y en tu estado? ¿No te he dicho que no salgas de casa hasta que nazca el niño?

—Estaba preocupada —musitó—. Tenía muchas ganas de verte. Tengo miedo. El amuleto que me regalaste ha cambiado de color; la gema se ha oscurecido. Ahora es opaca, como si presagiara una desdicha.